

Porque cuando despierte sea homicida
Infame de la noble compañera.
Logras la luz primera
Del que trabaja para tí los días,
Cuando triste y con lágrimas recibes
Lo que alegre debías;
Y es porque apenas vives,
Cuando ya eres ingrato
Al primer bien de tu primer fortuna.
Piadoso fué recato
Del que los brazos te ligó en la cuna;
Industrias no bastantes
A que el estorbo no rompieras, cuando
De dulce leche y de coraje lleno,
Dividiste las rígidas serpientes
En un pedazo y otro, palpitanes,
Manchadas del mortífero veneno
Las fajas inocentes.
Defensa del valor fué, generosa
Sí, pero monstruosa;
Y quien fué monstruo para la defensa,
Monstruo podía ser para la ofensa.
Entre dulces caricias regalado,
Cual áspid crece en el florido lecho,
Fiero el hombre, de vicios escamado,
No un mundo, mil, de su ambicioso pecho
Después no llenan el fatal vacío.
Alimentólo pío,
Y se produjo un enemigo el mundo.
Cuando ménos dañó, no de su mano,
Ménos de su altanero pensamiento
Redimir pudo el viento
Al ave que, plumado torbellino,
Subió á fijar en vano su fortuna
A las alternas astas de la luna.
Ni reservó contra el fatal destino
Su mudo cortesano
De Neptuno el palacio cristalino,
Que en sus alcobas defendido en vano,
De su gula mercedes
Cubrió sus mesas, si llenó sus redes.
Ni á cuantas, si de armas no desnudas
Fieras guardan sañudas
Las lóbregas cavernas de la tierra,
Privilegiaron de sangrienta guerra
Con el hombre, que bárbaro procura
(Para adornos crueles
Del triunfo que su mano le asegura)
Vestido horrendo de sus brutas pieles.
No ya contento con mandar tirano
La irracional tres veces monarquía,
Tal vez con sangre de su propio hermano
Manchó acero caliente
El que en la diestra impía
El hambre puso del metal luciente.
¡Qué mucho, si ella lo arrojó, insolente,
Al diáfano reino de Neptuno,
Conculcado hasta allí de otro ninguno,
Que del oro no fuese el ardimiento!
Este el mayor neblí formó de pino,
Que, despojado de las que bizarras
Verdes pompas le dió su padre, el bosque,
Tendidas alas le vistió de lino,
Y de los remos le adaptó las garras;
Porque con unas, del indócil viento
La hinchada cara fatigar presume,
Y con otras, del líquido elemento
Rasgue la azul espalda,
Que contra el mismo que le hirió despide,
En vez de roja sangre, blanca espuma.
En éste, pues, veloz y fiero mide
Las distancias que apenas sabe el día,
Desde que arrulla en la rosada falda
La tierna luz del sol la blanca aurora,
Hasta que, ya cadáver, lo atesora
Urna de cristal fría.
Tan bárbara osadía,
Hija de su ambición, no temió luégo
Del toro fulminante
El tenebroso fuego,
Ni el dragón vigilante,
Que el pálido metal defendió en vano

De su avarienta mano.
Si este monstruo es el hombre, ¡quién adora
Su inocencia en su aurora,
Si en su cénit estrago furibundo,
No se redimen de su saña fiera
Los ignorados términos del mundo?
Y si el hombre es el bien que nos pondera
El amor insolente,
¡Qué bien de monstruo tal, Prócris, se espera!
Justamente aún su nombre
Desdeño, y justamente
A Amor ultrajo, y aborrezco al hombre.
El zodiaco todo,
Desde que Adónis vió la luz del día,
Quince veces el sol lustrado habia,
Cuando ya de otro modo
Las selvas fatigaba,
No con dardo ó aljaba
(Venus no lo consiente todavía),
Mas si el bosque impedido
Con las sutiles redes bien prendidas
De los árboles altos,
Él perturbaba el valle con ruido,
Y después en las ramas escondido,
Bandas de tordos, mirlos y zorzales,
En la red ya metidas,
Al recogerla él, daban mil saltos,
Enredándose aún más confusamente,
Cuyo infinito cuento
Cuando le alivie el hombro fatigado
Leucipe, que en su gruta le ha esperado.
No hurtaba, á su cuidado diligente,
El vago conejuelo
El de la tierra abrigo tortuoso,
Por más que lo resguarda temeroso.
No se huyó á su desvelo
La fiebre corredora,
No el cervatillo tierno
Con el apenas pululante cuerno.
Mas cuando ya mejora
Su juventud un lustro más, quedando
No menor, más robusta su belleza,
A desdenar empieza
El de las selvas ejercicio blando,
Y el peligro apetece,
A Leucipe le intima
Le cumpla lo que ofrece.
Negárase ella, pero no se anima
A ofender lo que amaba,
Pues en negarse ofende
A quien persuade en vano;
Y así, aunque renente y oficiosa,
Cuando á su nuevo cazador instruye,
Al hombro le suspende
De agudas flechas la fecunda aljaba,
Cuya labor preciosa
De artífice elegante el seso arguye.
Para la, aunque robusta, blanca mano
El arco primoroso le previene,
Y por si el tiro continuado afloja
La extensa cuerda, el dardo le aperece,
Donde el acierto de Acteon aún vive,
Si bien que ya le enoja
(Por si el agujero peso alguno tiene)
La injuria, á que se expuso, de Diana;
O ya le ajusta primorosamente
De la bien hecha pierna hasta lo alto
Los coturnos de grana,
Y el cinto, donde el oro sabiamente
Casos le proponía desgraciados
De jóvenes hermosos,
Nada en la selva ni en amor dichosos;
Obra prolija de su docta aguja,
Que aptamente ceñido,
Para que no embaracen la carrera,
Los mal sueltos vestidos arrebujá.
De éste, en fin, pende asido
El cuerno resonante,
Que al que le inspira aliento de su boca,
Si aún fieras no le expone,
A los canes provoca,
Que, en tanto que la ninfa lo dispone,

A la caza, que espera,
Gimen inquietos, ladrán impacientes
En el cordón de seda,
Oribazo y Dorceo.
A éste, de la arboleda,
Que aún no registra el sol, nada se esconde;
Aquel las cimas consiguó eminentes.
Negro *Acbolo* y lanudo,
Que á su astuta fiera corresponde,
Con el silvestre *Aileo*,
Cuyo horrendo ladrido
Más que todos turbar el monte pudo.
Agre, de agudo olfato, y distinguido
Con negras manchas, cándido *Melampo*,
Todos seis que de *Acaya*,
De Adónis á los ruegos importunos,
Traer hizo la Naya,
Y que en las cumbres del *Taigeto* unos,
Otros de *Creta* en el famoso campo,
Instruyó de *Diana* el vago coro.
La *Aurora* componia
Con frescas rosas las coyundas de oro,
Que con los tres aligeros *Etonte*
Ya recibía del luciente carro,
Cuando al monte salía,
Segundo sol del monte,
El cazador bizarro;
Tan bello *Apolo* la ribera amena
Deja del licio *Xanto*,
Y á la materna *Délos* se destina,
Pendiente al hombro suena
Con flechas ciento su carcaj bruñido,
Y en la mano divina
El arco de oro, en tanto
Que del *Cintio* las cumbres examina.
Lustraba, pues, la falda floreciente
Del monte (ya de engaños mil ceñido,
Con las nudosas redes extendidas)
Adónis, impedido
De la turba impaciente
De los que, á la tralla mal sujetos
(Bien los conduzca la maestra mano
De tres garzones bellos y briosos,
Que la fatiga parten officiosos)
Sabuesos se enredaban inquietos,
Y el paso interrumpían del que en vano
Acercar procuran,
Retardándolo más que lo apresuran.
Llegado al sitio ya de las batidas,
Duro aliento dió al cuerno resonante;
Volviólo monte y valle repetido,
Y un can y otro anhelante
Doblaba la impaciencia y el ladrido;
Cuando por un ribazo
Un jabalí cerdoso
El primero aparece
(¡Oh, el último sea éste que se ofrece,
Porque último no sea!)
Quita de la tralla el fuerte lazo,
Aun tirantes los cuernos,
Y uno y otro moloso,
Ligeros á la fiera parten ellos...

PRÓCRIS.

Los que el descuido nuestro, si avisado,
Libres dejó (entre tanto tú refrena
Los de Adónis), el monte han perturbado.

ANAXARTE.

Y con profundos ecos ya resuena,
Al molesto ladrido, el hondo valle.

PRÓCRIS.

A un oso precipita mi *Pemena*;
Preven la flecha: inermes no nos halle.

ANAXARTE.

Yo, por si á la red viene, aquí lo aguardo.

PRÓCRIS.

Yo hacia aquel risco voy por atajalle.

ANAXARTE.

La flecha yo le tiraré.

PRÓCRIS.

Yo el dardo.

EGLOGA SEGUNDA.

ANAXARTE, PRÓCRIS.

PRÓCRIS.

Amor, ya he conocido
(¡Oh tardo desengaño!)
El mal do me ha traído
Tu lisonjero engaño.
Canté tus flechas de oro,
Canté tus triunfos, y tus triunfos lloro.
Si pierdo mi ventura,
¿Por qué fatigo, fuerte,
Con flechas la espesura?
Flechas no han de ofenderte,
Que quizá fueron hechas
Para lisonjear á un dios con flechas.
El bien que aún no ha gozado
Le cobras en fatigas
A quien te ha conquistado
De gentes enemigas
Respetoso cariño,
Por mayor de los dioses y dios niño.
Contra infames querellas,
Que hablaban tu improprio,
Yo igualé á las estrellas
La gloria de tu imperio;
Yo arrastré por decoro
La vil prision de tus cadenas de oro.
Yo, pues, negué ¡oh insolente
Nieta de las espumas!
Que hiriendo dulcemente
Tus arrojadas plumas,
Do quiera que las tiras,
Siembras piedades y recoges iras,
Así mi fiel conato
Tu deidad defendía,
Y ahora me eres ingrato.
Mas ¡ay de aquel que fia
Que le ha de ser propicio
Dios ciego, que no mira el sacrificio.
Por un bien que me diste,
Si nombre tal merece,
Arde el corazón triste,
Y ama lo que aborrece.
¡Oh infelices desvelos!
No quiero amor si no hay amor sin celos,
¡Qué! ¿tan presto deshechas
Glorias, traidor, regalas?
¡Oh, mal hayan tus flechas!
¡Oh, mal hayan tus alas!
¡Mal haya quien te ignora!
¡Mal haya yo, que te conozco ahora!

ANAXARTE.

¿Cómo así, Prócris, al Amor infamas?
¿Sabes que estás en Chipre, y que es dios fuerte?

PRÓCRIS.

Dichosa tú, *Anaxarte*, que no amas;
Así te burlas de mi triste suerte.
Tú vives, y yo muero sin consuelos.

ANAXARTE.

¿Y *Céfalo*, tu vida?

PRÓCRIS.

Ya es mi muerte.

ANAXARTE.

¿Tan presto tus ardores fueron hielos?

PRÓCRIS.

Y hielos sin dejar de ser ardores,

ANAXARTE.

Monstruos compones,

PRÓCRIS.

Monstruos son los celos.

ANAXARTE.

Neciamente maldices sus rigores;
Que el Amor con fatigas ántes lucha
Que logre de la suerte los favores.

PRÓCRIS.

Así lo pensé yo; pero ya es mucha
La fatiga, y mayor que la propuesta
Fortuna.

ANAXARTE.

Luégo ¿ya no amas?

PRÓCRIS.

Escucha.

Ayer nos dividió en la ardiente siesta
El oso, de los canes agitado,
Yo el monte, tú inquiriendo la floresta.
Recibiéndolo, en fin, precipitado,
Término de su vida y su carrera
Fué mi dardo fatal, nunca evitado.

Religiosa, á la deidad severa
De Diana ofrecerle determino
Los sangrientos despojos de la fiera.
Clavé tres veces en el sacro pino
La formidable testa, y otras tantas,
Sacudida del tronco, al suelo vino.

La sangre toda me ligó á las plantas
El piadoso temor, sin saber dónde
Su agüero me dirán las selvas santas;
Cuando del alto pino la que esconde
Dríade, con el que murmuró acento,
De lo interior del tronco así responde:

«El sacrilego huye atrevimiento.
Diana y Vénus no han juntado altares;
Y ¡ay de tí cuando ninfa sea el viento!
»El término tú aquí de mis pesares
No juzgues, ni me acuses de importuna;
Que sucesos te esperan singulares.»

Diana airada, mi oblacion ninguna,
Olvidando sus redes y sus canes,
Sagrado solicito á mi fortuna.
De Vénus me conducen mis afanes
Al gran templo, que en medio se divisa
De aquel oscuro bosque de arrayanas.

La planta apenas sus espacios pisa,
Cuando cincel de Dédalo elegante
Mis ojos roba, mi atención precisa.
Vestia la pared de oro brillante
Lámina firme, donde la memoria
De las cosas fijó lo vacilante.

Como triunfo de Amor, de Vénus gloria,
En el metal precioso se derrama
Cuanta la Grecia dió sutil historia.
Por el Egeo, aquí de Amor la llama
En Elena conduce el triste fuego,
Cuyas cenizas heredó la fama.

Allí, olvidando el laberinto ciego,
A la inventora del auxilio de oro
Teseo lleva, y desampara luégo.
Medea, de Jason con el tesoro,
Igual es hurto aquí, y allí el Tonante
Por Europa gentil navega toro.

En negro carro el infernal amante
A Proserpina roba aquí, y en vano
Ciane clama, y Céres gime errante.
Pero de docta, si moderna, mano,
Moderno robo en lámina reciente
Triunfo pendía del Amor tirano.

Su historia habló la línea signiente:
Bóreas robando á Oritia de Erecteo;
Dudar podía lo que vía ausente.
Pero en tanto que dudo lo que veo,
Nuncio hallo que mi duda absolvió vana,
Sabiedo lo que no quiso el deseo.

Bárbaro amante de mi cara hermana
El Bóreas, que en el Ismaro resuena,
Lo que no al ruego, á la violencia gana.
En tanto, pues, que en la ribera amena
Del transparente Hilo se divierte
La hermosa Oritia, de su mal ajena,

Un torbellino la arrebató fuerte;
¡Oh, qué bien del cincel el duro empeño
El caso imita, la violencia advierte!
En el metal el arrugado ceño
Del amante feroz áun no consiente
Ser con sus propias dichas halagüeño.

La hórrida barba, y por la ruda frente
El áspero cabello cano hacia
Nieve mucha del Cáucaso indlemente;
Pero entre tanta nieve áun parecía
Amante, y en su pecho congelado
De su bárbaro amor la llama ardía.

Me persuadí que del feroz cuñado
Al furibundo soplo se quejaba,
Ultrajada la selva, el mar hinchado.
La hermosa causa de su amor llevaba,
Segura bien, sobre sus alas frías,
Y ella triste sus males informaba.

Creí, oh dulce hermana, me reñas
Mi ausencia, de mi amor los desvarios,
Y el *vale* lastimoso me decías.
Respuesta fueron ya los ojos míos,
De lágrimas copiosos, cuyo afecto
No perdonó los circunstancias pios.

En tanto, pues, que con el vano objeto
El alma padecía amargamente,
Y en llanto amargo respondió el efeto,
Finalizados ya solemnemente
Los sacrificios de la angusta diosa,
Cerróse el templo y excluyó la gente.

Salí con nuevos males pesados,
El pecho de temor y dudas lleno,
Y de explorar mis hados deseosa.
A la sagrada gruta de Sileno
Llegué á tiempo que Ifis (nunca oído
De tí) llegaba, de su mal ajeno.

Estaba el viejo sátiro tendido,
Con ebrio sueño, en las desnudas piedras,
De la una mano el tiro mal asido;
La otra vertiendo el frasco, con que medras,
Oh Baco, y en el suelo ajadamente
La corona de pámpanos y hiedras.

Entre los dos le asimos fuertemente,
Y cuando despertó, se halló impedidas
Las manos del adorno de su frente.
«Perdona las prisiones atrevidas
(Le decimos), y de uno y otro amante
Desenvuelve los hados y las vidas.»

El entónces, el pecho ya anhelante,
Con el alumno que encerraba, dice:
«Fíame lo futuro, ¡oh tiempo instantel
»Vuestro amor uno y otro es infelice.
A tí, oh jóven, un fatal desvío
El deseo y la vida contradice.»

«Si tu razon no vence el desvario,
Te estoy mirando fúnebre escarmiento,
Si infame gloria de un desden impío.
»Cuando en tí lidie el postrimer alicento,
Ni del cielo has de ser ni de la tierra;
Que á tí y á tu esperanza tendrá el viento.

«En tí, ninfa, el amor no ménos yerra:
Tiernamente tú Céfalo te adora;
Mas ¡oh envidiosa de los celos guerra!
»En sus brazos verás la blanca aurora;
Mas cuando en el cenit Apolo tuesta
Las altas cumbres, que en su infancia dora,

»Fatigado del monte, en la floresta,
Deliciosos, sin tí, hallará consuelos,
Que engañen, dulces, la abrasada siesta.
»Muy fatales, oh Prócris, tus recelos...»
Dijo; y áun suprimió (desdicha alguna);
Mas ¡qué mayor desdicha que los celos?

Con ellos solos contra mí se aúna
Cuanto infelice corre derramando
En los tristes mortales la fortuna.
Venciste ya, Anaxarte, exagerando
Las traiciones de Amor, los mismos cielos
Contra mí tu opinion acreditando.

Yo de Diana los sagrados dulces
Nunca temiera, ni sangrienta muerte;
Fuera yo así feliz, mas no con celos.
¡Qué! ¡á Céfalo en la selva le divierte

De otros cuidados otro pensamiento?
¡Oh Amor! ¡que me engañases de esta suerte!

ANAXARTE.

Tan costosa experiencia, oh Prócris, siento
Te haya traído á mi opinion.

PRÓCRIS.

¡Y en vano;
Que áun he de amar la causa y el tormento!

ANAXARTE.

«Ni de Cintia el enojo soberano,
Ni del sátiro viejo los recelos,
Ni el insulto del Bóreas tirano,
Te apartan del amor y sus desvelos?»

PRÓCRIS.

Insistiré vagando la espesura
Hasta encontrar la causa de mis celos.

ANAXARTE.

Es desesperacion, más que locura;
Conoce ya que por Diana esquivas,
No hay amor en las selvas con ventura.
Aun contra mí, que no soy tan altiva,
A Ifis, si insiste (al voto del Sileno),
Si no de amor, de vida, se le priva.

PRÓCRIS.

Por tanto nuevamente te condeno.
Muere, ¡y resistes? ¡De Medusa fiera
Te hizo peñaseo el rígido veneno!
Que Ifis ha de morir por tí se espera;
Mas tú tambien de Vénus el castigo
(Si no es tu sueño vano) considera.

Pero á Ifis lo comparas mal conmigo.
El celos no padece, yo los siento;
Cura mi mal, y á aborrecer me obligo.
Mientras en Prócris dure este tormento,
Contra el enojo de deidad severa,
Contra la muerte seguirá su intento.

ANAXARTE.

«¡Ah Prócris, Prócris! no es la vez primera
Que por contrarrestar los celos, hubo
Quien no pudo evitar la muerte fiera.
Nuestro Adónis no ménos necio estuvo...
Pero ya será bien snelte sus canes,
Que nuestra intermision ligados tuvo;

Y sujetos los nuestros, tus afanes
Celosos te perdonen por un rato,
Para que nuevos escarmentos ganes.

PRÓCRIS.

Segunda vez mi oído pende grato.
ANAXARTE.
Yace, á la parte donde muere el día,
En la extendida falda de aquel monte,
Una selva ó un sitio, embarazado
De álamos altos, de gigantes pinos,
A quien muy pocos fia

De sus rayos divinos
El luminoso padre de Factonte,
Por lo que perezoso se levanta
A dejar poco día en noche tanta;
Y en lo más silencioso ó más sagrado
De su verde espesura

Estancia hay más amena,
De cuya opulentísima cultura
Amaltea su cuerno capaz llena,
Y á la tierra derrama sus abriles.
De sus siempre amenísimos pensiles
Huye el ardiente estío,
Huye el invierno frío;

Que á la una ni otra mano
Nunca obedecen sus floridas puertas,
A ellos siempre cerradas,
Para la primavera siempre abiertas;
Porque el ladrón de Europa, soberano,
La piel vestida estrellas, blanco toro,
Las abre y guarda con sus cuernos de oro.

Las hiedras, que, á Lico consagradas,
Abrazan de su frente los racimos,
Lascivas enredando

Los no distantes árboles opimos,
Verde con ellos son dosel frondoso
Del prado delicioso,
Rey de la primavera,
A quien tapete blando
Pintó de mil colores
Flora, que, ¡sonjera,
Tantas en verde campo tejó flores,
Cuantas imitó en vano
Del babilonio la maestra mano.
El sitio, pues, aunque silvestre, culto,
No desdenó Pomona,
Que dulce le corona
De extendidos parrales
Y de otros variados mil frutales;
En tanto que las náyades vecinas
Sobre el césped inculto
Desatan de sus urnas cristalinas
Arroyuelos errantes,
Que al romperse vidriosos y sonantes
Sobre las blancas guijas
(Limpios trastes del líquido instrumento),
Las errabundas, las pintadas aves,
En verde ramo ó verde margen fijas
(Cuanto várias al canto, más suaves)
Llenan la selva umbría
De traviesa armonía,
Mientras que suena perezoso el viento;
Toda la selva amena
Dulces delicias, dulce amor resuena,
Hasta los rudos troncos,
Las copas inclinando
Del céfiro al susurro ménos blando,
Le solicitan con suspiros roncós;
Y hácia la parte donde
Uno y otro ciprés se ofrece altivo,
Ruda compaje de quebradas piedras,
Que bien se viste de lascivas hiedras,
Mal se corona de laurel esquivo;
Sagrada es gruta, que apacible ostenta
Cuanta luz soñolienta
En sombra amiga esconde;

Mientras que por la parte más interna
El risco de la húmeda caverna
De entre el verde menudo *adianto* (1) vierte
Lágrimas una á una, que al anorara
Fueran más clara risa, cuando llora;
Y despues juntas en la urna avara,
Fuente las pierde dulce, fria, clara,
La que, parlera hija
De la callada gruta, se divierte
Hácia el ameno prado,
Hurtándose prolija
A la margen florida y sus confines
De violas, de rosas, de jazmines.
A este, pues, amenísimo sagrado
Descendia frecuente,
Desamparando las etéreas salas,
La blanca Citea,
Aun más hermosa que la luz febea,
Cuando en nubes de grana
Envuelve el blanco día.
Emula de Diana,
Si en los desdenes no, vestido habia
De cazadora montaraces galas,
Pues sujetó aptamente
El precioso ropaje hebillas de oro,
El que no recataba
(Desnudo el pecho y muslo transparente)
La misma hermosa nieve que escondia;
Calzada los purpúreos coturnos,
Al hombro el arco permitió, y la aljaba,
Y al céfiro avariento
De sus rubios cabellos el tesoro,
Honroso vencimiento
De los rayos diurnos;
En torno la seguía
Escuadron faretrado
De alados cupidillos, que, traviesos,
Tal vez ella modera sus excesos;

(1) *Adianto* es voz griega, que corresponde al *culantrillo*.

Si bien que era guiado
De su traidor hijuelo,
Que en la amorosa, si fatal jornada
(Aun con su propia madre delincuente),
Antecedia con astuto vuelo;
Cuando ella, enamorada
De su Adónis, solicita regfa
El carro de oro y de cristal luciente,
Del que tiraban hipocisnes bellos,
Los que, al sentir sobre los blancos cuellos
El encarnado azote, sacudido
De la alta mano de la amante diosa,
Desde las réguas transparentes salas
Tienden bajando las conformes alas,
Por entre nubes de oro, nieve y rosa,
A la selva de Chipre deliciosa,
Término de su vuelo.
Este ya conseguido,
Porque su alta venida no se dude
Para cuando allí vuelva
(Bien que senda de luz su vuelo note),
Segunda vez sacude
Su blanca mano el rubicundo azote,
Cuyo crujido resonó en la selva,
Cuando ya al prado se permite leve,
Copia de flores de su falda llueve,
Que á sus estrellas el brillante suelo
Añadió, porque son flores del cielo.
El menor cupidillo ya desprende,
Oficioso, del brillante carro
Al uno y otro tirador bizarro,
Que, libres ya de la fatiga suma,
El ala y pierna cada cual extiende;
Luego sacuden los ajados cuellos,
Y con los picos bellos
Peinan la blanca pluma.
Sobre el que más la peina
Sube, oprimiendo, aunque con leve peso,
La blanda espalda el cupidillo avieso.
Mas el cansado cisne, sacudido,
El que ya Ganimédes ser queria,
Si no de Jove, de su chipria reina,
De sus pequeñas alas se confia,
Y el espacio (aunque breve) ya medido,
Que la diosa distaba,
Al que la antecedia,
Bello enjambre de amores, se amana.
Vénus, pues, cuidadosa registraba
El sitio ameno, donde hallar espera
Su Adónis adorado.
Señas, y alegres señas, ya le han dado
Uno y otro sabueso, que, tendido
Bajo la sombra amiga,
Aun anhelaba en la anterior fatiga,
Mas su deseo entonces la ejecuta;
Pero le pagó en breve á su deseo,
Pues á la entrada de la amena gruta,
Dulcemente dormido
(Cuando más arde el luminar febeo),
Su Adónis ve, querido,
A quien fué (aun con su diosa obsequioso)
Pabellon verde el arrayan frondoso,
Galan de la corriente,
Y áun adorado de la amiga fuente,
Que con labio alternante cristalino
El pié le besa y sigue su camino.
La diosa, atenta al sueño,
O á la ocasion de contemplarle atenta,
Llegando silenciosa por la espalda,
Junto al garzon se sienta,
Y blandamente al arrayan negado
Lo acomoda con su falda,
Divertido su dueño,
El escuadron, en tanto, faretrado
De alados cupidillos se esparcia
Por el ameno sitio y selva umbría.
A los unos los llama
Junto arroyuelo manso,
Al que no perderán dulce descanso,
Bajo alta sombra la mullida grama;
Y entre tanto de la una y otra rama
Los arcos y carcajes suspendian,

Que al viento licencioso que los mueve
Lentamente respiran fuego alevé,
Ciego deseo de vulgares almas;
Otros que de sus alas se confian
Mientras que de ellas penden, ó á las palmas,
Con dulces frutos graves,
Para su diosa usurpan los más bellos,
O los nidos inquieten de las aves,
Que áun á pesar del susto desamparan,
Y volando, se van quejando de ellos.
El arco otros preparan,
Los confines del bosque discurriendo,
Y á los faunos y driades salvajes
Ahuyentan, prohibiendo
Que los verdes celajes
Les dispensen, curiosos,
De la diosa los hurtos amorosos,
Pero ella, al sosiego solamente
Del fatigado jóven atendiendo,
Con el dedo en la boca, mudamente
Silencio les voca á los traviesos
Cupidos voladores;
Callen, pues, cuando duermen sus amores.
Entre los verdes árboles espesos
El viento duerma y calle;
Ni se alteren las fieras,
Ni al latido del can resuene el valle,
Ni las aves parleras
Sobre los verdes troncos,
Ni los cristales roncós,
Dulces murmuradores;
Callen, pues, cuando duermen sus amores.
A dos ó tres cupidos ya convoca,
Que, rodeando su dormido dueño,
Al ventilar de las pintadas alas,
Céfiros sean suaves;
Y aunque lo sientan sus cuidados graves,
A más delicias se dilate el sueño;
En tanto que ella, ó con la blanca mano,
O con el suave aliento
Del clavel bipartido de su boca,
Enjuga blandamente
Del bello jóven la sudosa frente.
Pero el amor tirano,
Con la prolija tregna mal contento,
El sagrado reposo
Con fantasmas altera,
Haciendo al jóven sueño fatigoso
Que su Vénus amada,
Impropriadamente esquiva,
Plumas el pié calzada,
Se le hurta de sus brazos fugitiva,
Y él la sigue, atrevido,
Por la espesura verde;
Y así, con voz que en cada acento pierde,
Habla de esta manera:
«Vénus, aguarda, espera;
¿De tu Adónis querido
Así desatas los suaves lazos?
¿Así de donde alienta, un alma parte?
¿Son mejores los brazos
Del celoso marido,
Tanto deforme él como tú hermosa?
¿Son los del fiero Marte,
Afable tú, como él desapacible?»
Crece, pues, la fatiga mentirosa,
Hasta que el brazo perezoso tiende,
Y cuando juzga que los vientos prende,
De la que contemplaba en dulce lecho,
Enamorada diosa,
El blanco tiene, el regalado pecho,
Mezcla hechicera de jazmin y rosa,
En cuya dulce nieve
Sacude el sueño y los incendios bebe.
«¿Cuándo fui de tus brazos fugitiva?
(La diosa dice al jóven suspendido).
Solamente huyo esquiva
Al deforme marido;
Huyo ese dios guerrero,
Por sañudo, por fiero;
Sólo á Adónis adoro:
Por tí me dejo las estrellas de oro

Y las eternas risas;
Que es mi cielo la tierra que tú pisas,
Y porque hoy, nuevo cazador bizarro
De fieras, á ejercicio más robusto
(Nada atento á mi susto,
Ni de la sábia ninfa á las porfias),
Vi que al monte salias,
En mi estrellado y cristalino carro
Bajé á ser (ya que ciego te resueiyas)
Cazadora, contigo, de estas selvas;
Y solamente aguardo
(Con tus arrojados dulces paces hechas)
Me refieras hoy cuántas
Siguieron fieras tus feroces plantas,
Que, ó mancharon tu dardo,
O gastaron tus flechas. —
Amada gloria mia,
Gloria que, eterna como tú, no acabe
(El chiprio amante dice;
Del labio ella pendia,
Y al coloquio suave
Aun callaron, atentos,
Los arroyos, las aves y los vientos),
Nada he sido felice;
Si lo infeliz lo funda,
Cuando la suerte castigó primera,
No esperar favorable la segunda.
El sol daba principio á su carrera,
La noche áun detenida
En el opuesto umbral del horizonte,
Cuando yo sali al monte
(Cauteloso con redes su distrito),
Y á la primer batida,
Los cerros eminentes
Un jabalí producen animoso,
Contra quien á los canes, ya impacientes,
Del que los sujetó cordon celoso
Pronto la ansiada libertad permito.
No más ligera fué piedra pesada
Que de la, que alta gira, honda despide
Del diestro balar la fuerte mano;
Ni el cretense, que nunca libró en vano
De la tirante cuerda flecha alada,
Con más velocidad los aires mide,
Que de la inculta fiera
La distancia ganaron los seis perros,
Posponiendo los llanos y los cerros
(Mal se supiera el cuándo)
A su planta ligera.
Al bruto, pues, ladrando
Por una y otra parte, preocupaban;
No le muerden, morderle amenazaban;
Pues aunque lo intentan, sólo al viento muerden;
Cuando ya lo consiguen, ya lo pierden;
Porque la fiera, el cerro levantando,
Fuego los ojos, el marfil tajante,
El espumoso diente,
Con tal presteza á un can y otro anhelante
Revolvía bufando,
Que Aileo, porque fué más insolente,
En un brazuelo gravemente herido,
Cayó en la yerba con horrendo aullido;
Pero tanto lo agitan,
Que hacia donde yo estoy lo precipitan,
Menos distante el animal tremendo,
Mí palpitante corazón insulta;
Inopinado susto, que no entiendo
(Si bien fué mortal susto);
La flecha al arco ajusto,
Y, ó fuese error de la turbada mano,
O que rencor alguno soberano
En esta fiera mi desdicha oculta,
Voló, y sobre los ojos de *Dorceo*,
Con mucha sangre rojos,
Perdió los que del linco fueran ojos.
Brió la red, los canes, mi deseo,
De todos el fatal bruto eximido,
Si de todos seguido;
La selva, el monte, el valle, la ribera
Fatigue tiempo tanto
(Vana fatiga), cuanto
Hasta el alto cenit de su carrera

Me fué dejando el luminar del día.
Ménos cansado que confuso habia,
Si no la confusion, parte perdido
Del cansancio en aquesta estancia umbría,
Del más florido abril amena injuria,
Cuando con nueva furia
La no esperada ya, fiera enemiga,
Mortal horror de la sagrada selva,
Vuelve, porque yo vuelva
Al susto, al dardo, al puesto, á la fatiga,
No tu regazo hoy, fiera,
Suave olvido de fatigas tantas,
Si con veloces plantas
La naya de esta fuente no viniera,
Y á la cerdosa fiera
La alma feroz hubiera despedido,
Que á la una y otra penetrante pluma
Arrojé entre un bufido,
Envuelta en sangre y en bascosa espuma,
No bien reconocido
A la ninfa gallarda,
Noble restauradora de mi vida,
Sino con hisonjero rendimiento,
Pronto solicité agradecimiento
(Más noble cuanto ménos se retarda);
Cuando ella me convida,
Y oficiosa, lleva juntamente
Al remanso apacible de su fuente,
Llanto prolijo de su verde gruta,
La que al sol niega ardiente,
El enlace sombrío
De ese laurel y sus lascivas hiedras,
Que han trepado esas piedras
Por abrazar su tronco;
Yo á su apacible frío,
El cinto desciñendo y el pendiente
Carcaj sobre la yerba matizada,
Despedia el cansancio dulcemente,
Pero la blanca ninfa enamorada,
Por el auxilio pronto de mi vida,
El premio solicita de mis brazos,
Y con traviesos lazos,
Cual hiedra se me enreda impertinente,
Pero yo el laurel era de su fuente,
Pondera, pues, rendida,
Su amor, no entonces nuevo,
A cuyo antiguo trato
Más de una inquietud debo.
Yo, por no seré ingrato,
Si no grosero, ingrato fui con ella;
¿Quién ha dejado el sol por una estrella?
La ninfa desdenada
(Y áun la temo celosa),
Porque más sus desprecios no consiente,
Se caló á lo profundo de su fuente,
Hasta cuya caverna de cristales
La deprimia el peso de sus males.
Sosegado dormia,
Hasta que la fatiga mentirosa
(Dulce traicion de amor) dejó alterada
Mi quietud para suerte más dichosa,
Pues que tú, gloria mia,
Fuiste burlando todos sus engaños,
Dulce reparadora de mis daños. —
No en vano recelé (siguió la diosa
El sabroso decir; Adónis mudo
El labio, si los ojos, elocuente,
Dando á ellos; y la escucha, suspendido
Igual parte del alma que al oído);
No mi anterior recelo impertinente
Fué, Adónis mio, cuando,
Tierno cazador rudo,
Seguir quisiste las robustas fieras;
Tú harás mis persuasiones verdaderas,
Ahora experimentando
Que tu mucha belleza
(La que es mucho mayor que tu destreza)
No ha de rendir los fieros animales,
Si á la madre rindió del dios vendado,
Para ejercicios tales
(Que no me niego tanto á tu cuidado)
Llenen tu inclinacion y tu desvelo,

Tímido el conejuelo,
La liebre corredora,
El gamo temeroso,
La perdiz gemidora,
Y cuando más brioso,
Más noble quieras la fatiga, puedes
Ejercitar los ciervos en tus redes;
Y pues te fué contrario
El jabalí cerdoso,
Segunda vez no vuelvas, animoso,
A ser con mi peligro temerario.
Deja á garzones fuertes
Seguir las fieras con agudas muertes,
Y que solicitando
En su barbaridad vayan su fama;
Pero tú, Adónis blando,
Tu blanda Vénus ama.
Y en fin, cuando más ciego te resnelvas,
No ignores que los jóvenes hermosos,
Y más si amados son, ó son amantes,
Son infelices en las verdes selvas.
Del cinto los dibujos primorosos,
Con el oro brillantes,
Y que llenó no en vano
Con mil colores la prolija mano
De Leucipe, en la aguja la más rara
(Alta disposición de mi cuidado),
Para que sus historias compulsára),
Te ciñan, oh mi Adónis, de escarmiento,
Que compongan tal vez tu atrevimiento.»
El cinto, pues, dorado,
Que á no ser ya del joven propia alhaja,
Del cielo fuera la brillante faja,
Si capaz fuera de abrazar el cielo,
Alzó Vénus del suelo,
Y con dedo officioso señalando,
Así prosiguió hablando:
«Atento estas historias considera;
Aquí del sacro Eurota en la ribera,
El hermoso Jacinto,
De los dioses amado,
De Apolo mayormente engrandecido,
¡Oh inevitable hado!
Ya de la amante mano yace herido;
Cuya sangre caliente
Por la menuda yerba,
Si el licio dios, que su desgracia siente,
Para flor de su nombre la reserva,
Aun se queja infelice,
Y aun en sus hojas su lamento dice.
Allí Orion, de triplicado padre,
Si de ninguna madre,
Cuando alegre se junta
Al coro de Diana fatigoso,
De improviso asaltada
La veloz planta de la corva punta
De escorpion venenoso,
Por la herida la vida desatada,
De sus hados injustos se querella,
Y ya con noche eterna oscurecido,
En vana luce estrella.
En aquel bosquecillo separado,
Del sol aún ignorado,
Aun cuando en la mitad del cielo prende,
La casta diosa con sus ninfas bellas
(De aquella luna estrellas),
Desnuda, con la blanca nieve enciendo
El cristal del remanso que la baña;
Y Acteon, sin ruido
Las intrincadas ramas apartando
(Su silencio lo engaña;
Que es solícito mucho un casto oído),
La cabeza inclinando,
Lascivo arroja los sedientos ojos,
Que de la casta (allí) desenvoltura
Aun no se satisfacen; que es, mirando,
Hidrópica la sed de la hermosura,
La vió desnuda al fin, y no de enojos,
Que la vistió su ira,
Pues apenas lo siente,
Cuando él sintió en castigo, si no afrenta,
Los duros ganchos en la dura frente,

Racional bruto en cuanto se retira
Del obscuro cuidado,
Acteon ya se ausenta
De donde había llegado
Hombre irracional ántes.
Los perros anhelantes,
Lealmente traidores
Al dueño, ciervo ya, lo despedazan;
Su muerte así se trazan
Los que su antojo á la razon prefieren;
Por eso á manos mueren
De sus mismos errores.
Más allá mirar puedes
Al incauto Narciso,
Que agitando los ciervos á sus redes,
Sordo se muestra al boreal aviso
Del eco, que, quizá porque le ama,
Y revocarle del peligro urgente,
Repetido lo llama,
Llega con él, y en esa clara fuente,
Cuando á su márgen breve flor lo llores,
No tú de tu dictámen te enamores.
Pero deja á Narciso;
Que otro joven gallardo
Te ofrece hácia esta parte en Cipar...
Ágil en la carrera y en el dardo;
Pero nada dichoso
En el dardo le arguyas;
Que éste, que se desangra, ciervo hermoso
(Delicias ántes tuyas),
Del hierro amigo recibió la herida.
A dolor tanto el joven da la vida,
Y ya adusto ciprés con sombra oscura
Viste de horror su misma sepultura.»
Al joven así Vénus suspendía,
Regalando su oído
Con las palabras de inmortal sonido;
Y el carro de la luz ya descendía
A encerrar en las ondas su tesoro;
Cuyos cuatro caballos anhelantes
(Fuego espumando las ardientes bocas)
En vano muerden la obediencia de oro,
Con que el rojo Titan los detenía,
Por ver más tiempo de los dos amantes
Los alternos dulcísimos abrazos;
Que, á pesar de los verdes embarazos
Del intrincado bosque, visto había
No pocas veces ya, y veces no pocas,
Por estarlos mirando,
Llevó bien tarde á sepultar el día;
Y, ó fuese envidia, ó ya venganza fuese
De la desgracia que por Vénus llora
En la que ya perdió Leucote amada,
Hizo á su casta hermana sabidora
Del amoroso hurto, que enojada
De que mortal, y aún inmortal, pudiese
Sus santas selvas profanar amando,
Así clamaba: «¡Oh Vénus! ¡hasta cuándo
De tus desenvolturas
Testigos han de ser mis espesuras?
¡Tan fácil la memoria no reservas
De las sutiles redes,
Risa del cielo, astucia de Vulcano?
Mas solamente tú vengarme puedes,
¡Oh padre de los dioses soberano!»
Dijo; y sus blancas ciervas,
A quienes dieron la primera cuna
Las candidas cavernas de la luna,
A las coyundas transparentes ata
De su carro de plata,
Donde sentada, dió el sonante azote
(Que el pronto vuelo note,
Y que al cielo la lleve)
A sus lomos de nieve,
Y por el vago viento,
Más que el viento ligeras,
Dejaron del Eurota las riberas.
La carroza de plata, que desdoro
Fué ya del estrellado firmamento,
Con las que luces dió, que, si no iguales
A las que desde el bello plaustro de oro
El rubio Febo envía.

Eran candores de nocturno día,
Cercaban los molosos inmortales,
Por los cielos ladrando
Y las celestes fieras acosando.
Llegada á los palacios de diamante
(Morada de los dioses) la alta diosa,
De esta suerte habló á Júpiter, quejosa:
«¡Oh de los dioses Rey, Dios de los reyes,
Que con imperio eterno, altivo riges
Celestial y terrena monarquía,
Y que una y otra afliges,
Si levantas la diestra fulminante!
De las selvas en vano
Me concediste la soberanía;
Cuando ni mi dominio ni mis leyes
Su sagrado reservan del insulto
De Vénus, mi enemiga.
No en la tierra hay profano
Que tema mi rigor, ni á tanto obliga
El insolente indulto
De su lasciva diosa.
No al honesto recato, no á las puras
De mi castidad leyes, la sagrada
Selva ya se destina; toda arde
De pasión amorosa
En licenciosas mil desenvolturas.
Vénus, pues, torpemente enamorada
De Adónis, de Címaras hijo y nieto,
De dominar mis bosques hace alarde.
No sólo contradice mi respeto,
Las selvas encendiendo en llama impura;
También suele, atrevida,
La aljaba al hombro, y en la indigna mano
El arco de marfil (cual yo) ceñida,
Fatigar la espesura;
Y émula vana (¡oh Padre soberano!),
Cuando ya no me usurpe, me contrasta
Mis honestos afanes torpemente.
De mi honor, de mi nombre así me priva;
Pues, si no Vénus casta,
Diana ya lasciva
(Cuando en el bosque y en amor se emplea),
Con mi noble tarea
Su liviandad desmiente.
Pudo ella castigar el desacato
De Hipómenes, que, ingrato
Al que le prestó auxilio en su carrera,
Ruge en los montes, coronada fiera.
Yo de Adónis no puedo el exterminio.
¡Así me restituyes mi dominio,
Oh Padre! No ya en vano, si la santa
Justicia yace, Vénus, orgullosa,
Insigne triunfo de mi nombre canta.»
Dijo; y luego el Tonante,
Con risa leve, aunque majestuosa,
Y con aquel semblante
Con que improvisamente
Las negras tempestades atropella,
Y serena los cielos;
Después que levemente
Las honestas mejillas de la diosa
Con graves labios sella,
De esta suerte le habló, y escuchó ella:
«Tan indignos recelos,
Oh casta, oh integérrima Diana,
A abrigar nunca vuelvas.
Tuyas han sido, tuyas son las selvas;
Y aunque Vénus liviana
En ellas introduzca sus amores,
Tuyos serán, oh diosa, tus honores.
Permite tú entre tanto
A Vénus la espesura;
Que, si por ley de tu estatuto santo
No hay amor en las selvas con ventura,
De sus amores el fatal progreso
Traerá su desventura;
De esta suerte el exceso
Acusar no podrán de tus enojos,
Ni Vénus mi justicia rigorosa,
Por más que, lastimosa,
Lágrimas den sus ojos.
Así te venga el mismo que te agravia;

Que si tal vez mi providencia sábia
Permite á los mortales,
De mi justicia reos
(Y en cuya mente ciega
Se confunden los bienes y los males),
Precipitarse tras de sus descos,
Y si tal vez la pena les dilato
(Que aun con el cojo pié, improvisa llega),
Es porque, si desato
De los sagrados de mi mente archivos
La cadena de acasos sucesivos
(Si son acasos los que ya previa
La eterna ciencia mia),
De entré sus mismos hierros sale envuelto
El castigo, y el nimen queda absuelto
De la que cierta fué, si tarda, pena;
Así van arrastrando la cadena
Los míseros mortales
De su propio suplicio,
Que los prende en el mismo precipicio.
Tú, pues, oh casta diosa, los fatales
Sucesos que yo aguardo, aguarda atenta;
Que si Adónis ahora,
Seguro de su diosa en los favores,
Y nada temerosa de tus duelos,
Las dichas de su amor apenas cuenta,
Porque el número ignora
(Y aun ignora del hado los rigores),
Como nunca hay amor donde no hay celos,
Celos habrá algún día,
Que acaben con su amor y su osadía.
Vénus en vano su desgracia sienta,
La selva de su amor desamparada,
Absuelta mi justicia y tú vengada.»
Dijo; y la diosa al infalible hado
Remite de sus quejas el cuidado,
Y vuelve á sacudir la doble rienda
Del carro, de esplendores mil ceñido,
Cándido honor de los azules velos,
Que, de las blancas ciervas conducido,
Del azote al crujido,
Que resonó en los cielos,
Segunda vez las vagas nubes riza
Tras sí, bajando luminosa senda,
Que origen tuvo en el palacio eterno,
Y esclareció del Ménalo la cumbre,
Donde Diana al retorcido cuerno
Cuántas fieras esconde atemoriza...

PRÓCRIS.

Suspéndete, Anaxarte; que ligera
Baja de aquel collado la raposa
Que escándalo es fatal de esta ribera.

ANAXARTE.

¡Y qué, si la del día luz dudosa
Seguiría impide ya?

PRÓCRIS.

De la campiña
Estrago es la vulpeja prodigiosa.

ANAXARTE.

Ella el más culto prado desalifia.
No ha de dorar ya Ceres su esperanza,
Ni espera Baco liquidar su viña.

PRÓCRIS.

En Chipre peste tal será venganza
De tu diosa.

ANAXARTE.

La fama así lo dice;
Pues contra ella valor ni industria alcanza;
Pero, pues mi lebrél me contradice,
Tu *Lelapa* me entrega; que mañana
He de ver si feliz soy ó infelice.

PRÓCRIS.

Este es.

ANAXARTE.

¡Hermoso perro! Aplausos gana
Al can que late estrellas, luminoso.
Bien dice que su dueño fué Diana,
¡Tu dardo!